

primavera y otoño; en los países pantanosos, en que el aire se carga, durante la noche, de una humedad que forma contraste con el calor del día. Pero, ántes de verse atacadas de estas enfermedades, las personas que las experimentan, estuvieron sujetas muchas veces al influjo de estas vicisitudes; se enfriaron muchas veces despues de haber tenido calor, y se calentaron repentinamente despues de haberse enfriado. En los principios, suportaron ellas estas alternativas sin padecer con esto; pero, al cabo, estas alternativas pasan á ser mórbidas. La congestion visceral, inseparable de todo enfriamiento, se convierte en una irritacion enfermiza, que produce un calofrío de la misma naturaleza; y el calor que le sucede cesa de ser el de la salud, para transformarse en otro realmente febril. Si este calor continúa, es una flemasía; si cede para volver, es una fiebre intermitente. La contingencia es incierta á la primera vista, porque no hay epidemia ninguna de fiebre intermitente que no esté acompañada de innumerables flemasías. Sabe Vm.

que, en este caso, las causas de todas estas enfermedades son las mismas; ha visto mas arriba que la irritacion febril intermitente se convertia frecuentemente en costumbre, es decir en inflamacion: la analogía, que existe entre estos dos modos de irritacion no puede ocultársele á Vm. pues en adelante. Esto supuesto, llegamos al modo de curacion.

El primer cuidado del médico debe ser eximir del influjo de las vicisitudes atmosféricas á los enfermos; y es tanta la eficacia de este primer socorro, que la mitad, por lo ménos, de las personas que se pusieron febricitantes en una laguna, se hallan curadas, si las obligan á dejar este sitio luego que han contraido su enfermedad.

La segunda atencion que el médico debe poner, es asegurarse de si, á continuacion de la accesion, esto es despues del sudor, queda alguna irritacion en las vísceras. Si no queda ninguna absolutamente, y que la congestion no sea muy violenta, muy próxima á la inflamacion, puede dar la quina en el intervalo de las accesiones, que

llamamos la *apirexia*; por cuyo medio produce una irritacion artificial que precave la de la futura accesion: es una revulsion. Puede luchar tambien contra la primera accesion que se presenta, con la sangría practicada durante el tiempo del calor, lo mas cerca posible de la víscera en que se hace la congestion; y, en los mas comunes casos, es el estómago. Por lo mismo vemos á menudo que las fiebres intermitentes ceden á una primera aplicacion de sanguijuelas en el epigastro. Muchos médicos fisiologistas la repiten tantas veces cuantas se renueva la congestion, y curan perfectamente la enfermedad. No obstante esto, si semejante medio no tiene un buen éxito, debemos llegar á la quina, que surte tanto mas efecto, quanto mas atrevidamente se ha administrado la curacion antiflogistica. Esto es en quanto á las fiebres intermitentes mas ligeras.

Si aunque la *apirexia* es bien completa, se hacen las congestiones con una estrema violencia, la curacion antiflogistica merece tener todavia la iniciativa. Es el caso

de una infinidad de fiebres que pasan por perniciosas, y ceden sin embargo muy bien á las sangrías; miéntras que, si el práctico las acoge con la quina, forma de ellas calenturas pútridas y malignas, asombrándose de haber sido embaucado por los autores que le han servido de modelos. Si, despues de terminada la accesion, esto es despues del sudor, queda en las vísceras alguna irritacion, no hay que escoger; son de rigor las sangrías y antiflogisticos. La quina podria convertir la irritacion periódica, en continua; esponamos estos casos. Lo que se observa con mas frecuencia entónces, es una irritacion del sistema gástrico, que persiste despues de la accesion, y que se señala con síntomas que son ya conocidos de Vm.; son el amargor de la boca; el encendimiento de la punta de la lengua, que está comunmente puerca y mucosa en su centro; la repugnancia á los alimentos; dolor en la cabeza, cansancio en los miembros, debilidad, abatimiento; una tez pálida y amarillenta, mezclada á veces con un encarnado cárdeno. No son

estos los indicantes del embarazo gástrico de los autores?

EL SABIO.

Sin duda ninguna, y los reunia yo todos despues de mi primera accesion de fiebre; pero me los quitáron todos por medio de un emético.

EL MÉDICO JÓVEN.

Ah; ¿qué resultó de ello?

EL SABIO.

Que esperimenté dolor en el estómago, sed, y que las accesiones se volviéron mas violentas; lo que obligó á dejar caminar la fiebre por espacio de siete dias ántes de darme la quina.

EL MÉDICO JÓVEN.

¿Se llevó ella repentinamente, cuando se la diéron á Vm., la calentura?

EL SABIO.

Se la llevó; pero no recobré las ganas. Las accesiones volviéron muchas veces despues de haber cedido al febrífugo, y

no sané mas que yendo á tomar leche en una aldea. La enfermedad duró seis meses.

EL MÉDICO JÓVEN.

Pues bien, Caballero, si, en vez de darle á Vm. un emético, le hubieran aplicado una treintena de sanguijuelas en la boca del estómago, que llamamos *epigastro*, hubiera desaparecido la fiebre; ó la hubieran atajado las primeras dosis de quina que le hubieran administrado á Vm. Tambien hubiera logrado Vm. el beneficio de recuperar las ganas á continuacion de la sangría local.

EL SABIO.

No tengo razon ninguna para afirmar lo contrario; sin embargo ví á varias personas en quienes surtió el vomitivo buenos efectos.

EL MÉDICO JÓVEN.

Es preciso por cierto que haya algunas en las que esta curacion los surta, por que de otro modo estaria abandonado el emético hace ya mucho tiempo; pero son aquellas cuyo estómago no está mas que débilmente irritado. La cura, en se me-

jantes casos, se verifica por revulsion; pero no hay práctico ninguno que pueda salir por garante de ella á la primera entrada, aun en los casos en que el estómago no se halla en un estado de inflamacion. En cuanto á los casos en que este estado existe realmente, el menor mal que puede suceder á los enfermos que han tomado un vomitivo, es una prolongacion de la enfermedad á menudo mucho mas considerable, que la esperimentó, Vm. Si á lo ménos se hubieran ceñido los médicos á no dar el emético mas que en los primeros casos, no habria graves cargos que hacerles; pero como ignoraban que los embrazos gástricos, son irritaciones inflamatorias del estómago, les oponian indistintamente la misma curacion, y de este modo hacian tan dificultosa la cura de las fiebres intermitentes.

Acaba de ver Vm. lo que es preciso hacer siempre que los indicantes de embrazo gástrico sin fiebre se presentan en los intervalos de las accesiones; pero hay una infinidad de casos, en que la irritacion que

produce este embrazo llega á un grado bastante considerable para mantener una accion febril. Los pacientes reunen á la inapetencia, á la mala boca, etc., la frecuencia del pulso, el calor de la piel, el quebranto de las fuerzas; en una palabra, la apirexiano es completa: lo que no impide que al cabo de uno ó dos dias vuelva á parecer el calofrio, seguido de un aumento muy considerable del calor, y de un sudor, á continuacion del cual los enfermos conservan todavia, como la primera vez, la frecuencia del pulso y las señales de la irritacion inflamatoria de las primeras vias.

EL SABIO.

He aquí unos casos estrañamente complicados.

EL MÉDICO JÓVEN.

Pueden serlo mas todavia; porque en la modificacion que acabo de describir á Vm., unicamente la irritacion gástrica conserva la fiebre entre las accesiones: pero hay algunas otras en que la cabeza, el pulmon, ó cualquiera otra víscera se hallan

tambien, durante la remision, en un estado de verdadera inflamacion, que se une á la de las vias gástricas para mantener la fiebre entre las accesiones. Juzga Vm. bien que en semejantes circunstancias estas accesiones deben adquirir un elevadísimo grado de intension. Por lo demas, las señales que dan á conocer estas diferentes congestiones no deben detenerme, supuesto que son siempre, tanto en las accesiones como en la apirexia, las mismas que las de las inflamaciones viscerales continuas, que hemos examinado ya.

EL SABIO.

No he oido hablar nunca de esas especies de complicaciones.

EL MÉDICO JÓVEN.

Perdone Vm., Caballero; las ha hallado Vm., en los autores, con el título de *remitentes, hemitriteas, subintrantes*. Danles estos nombres, á causa de que la fiebre no cesa completamente, y se limita á experimentar una disminucion que se llama

*remision*. Los autores supusieron que habia, en estos casos, complicacion de una fiebre intermitente con una continua de los géneros bilioso, mucoso, pútrido ó maligno; y como la curacion que ellos les aplicaban no era nada propia para conseguir su cura, las temian mucho, y las referian con la mayor frecuencia á las perniciosas.

EL SABIO.

Efectivamente, he hallado fiebres remitentes en los autores; aun me estrañaba mucho de que Vm. no me las hubiera mentado; é iba yo á preguntar lo que Vm. pensaba de ellas, cuando me ví conducido á esto sin recelarlo. Y bien, como cura Vm. estas enfermedades.

EL MÉDICO JÓVEN.

Su curacion sirve naturalmente de continuacion á la de los supuestos embarazos gástricos; pero debe ser mas vigorosa. Es preciso sangrar ampliamente abriendo la vena, si la plétora es considerable, y si la sangre se acumula en la cabeza ó pecho. Se acaba, despues de esto, de atajar la irri-

tacion de las vísceras con las sangrías puestas cerca de las que sufren mas; se suprime todo alimento, para limitarse á las bebidas acuosas y emolientes, y se destierra todo medicamento irritante. Este método es comunmente seguido de un pronto acierto, cuando la irritacion no ha durado por bastante tiempo para desorganizar las vísceras; pero si no logra suspender las accesiones, hace á lo ménos mucho mas dulce la remision. En cuyo caso, habiendo comprobado el médico que no hay ya vestigio ninguno de inflamacion permanente entre las accesiones; habiéndose asegurado, por la palidez y anchura de la lengua, por la vuelta del apetito, por la cesacion de la incomodidad, de que, á pesar de la frecuencia del pulso, la mucosa del estómago no está flogoseada en la remision; el médico, repito, administra con atrevimiento la quina ó cualquiera otro estimulante, y la cura se hace rara vez esperar mas de dos ó tres dias.

EL SABIO.

Esa teoría me parece muy racional; no

hubiera recelado yo que se hubiera podido llegar hasta ese grado de precision y claridad en el caos de las calenturas intermitentes y remitentes; lo que habia leído sobre esto, me dejó mucho que desear. Se atribuia, creo, la resistencia de estas enfermedades á la malignidad de ciertos miasmas que se exhalan de las lagunas; y cuando la quina tardaba en triunfar de ellas, se hallaban en el mayor apuro los médicos. Pero, suplico á Vm. que me diga, cuales son los febrífugos con que puede substituirse la quina.

EL MÉDICO JÓVEN.

La quina es el remedio mas eficaz que puede oponerse á la periodicidad de irritacion, especialmente cuando le administramos en forma de sulfato de quinina; pero está muy distante de ser el único. Los antiguos, que no le conocian, curaban con los amargos estas fiebres. Se les oponen con acierto el vino, licores alcohólicos, aromas, opio, éter, emético combinado con el opio; en una palabra, cuanto puede

estimular el estómago. Luchamos tambien contra ellas con los irritantes exteriores, tales como los sinapismos, vejigatorios, fricciones con la tintura espirituosa de quina, con el opio, emético, etc. Estos tópicos están reservados para los casos en que la irritabilidad del estómago repele los estimulantes; entónces es necesario limitarse á hacer tomar en lo interior temperantes, y prescribir un régimen apropiado. Nos va bien igualmente, en semejantes circunstancias, desvaneciendo el frio con baños ó vapores calientes, y moderando el periodo del calor con las aplicaciones de hielo, de agua fria en el epigastro; pero es preciso para esto que el pulmon no esté irritado; porque, si lo estuviera, el frio engendraría una perineumonía ó pleuresia.

## EL SABIO.

¿Que sucedería si, en vez de calmar las inflamaciones de las vísceras que persisten entre las accesiones, y que producen la remitencia, se administrara inmediatamente la quina?

## EL MÉDICO JÓVEN.

Sucedería que la fiebre remitente se convertiría en continua, y he aquí porque: la fiebre no experimenta remision ninguna sino porque la irritacion visceral se disminuye en intension por algun tiempo. Pero si Vm. estimula las vísceras que son el asiento suyo, eleva entónces su irritacion á un grado de actividad que no le permite ya experimentar una disminucion periódica, es decir que Vm. forma de ella una inflamacion continua consecutiva, que difiere en nada de las inflamaciones igualmente agudas que no presentáron nunca intermision ni remision: cuyo hecho testifica la analogía que hay entre estas dos especies de irritaciones. Hay sin embargo casos en que la flemasía visceral intermitente ó remitente á la que no se opusieron los anti-flogísticos, pierde su estado agudo con el influjo de la quina, pero es para convertirse en una flemasía crónica continua, que acarrea bien presto la obstruccion del hígado, bazo, pulmon, y aun la de las ternillas del

canal digestivo. Este duplicado resultado es sumamente frecuente en la práctica de los ontologistas; le notamos igualmente en las fiebres en que la apirexia es completa, es decir en las intermitentes completas de todos los tipos, cuando se da la quina en muy cortas dosis para hacer cesar la periodicidad de irritacion, porque hay precision de prolongar el uso suyo por mucho tiempo. Las vias gástricas, á puro ser estimuladas con este medicamento, contraen una flemasia crónica que hace lánguida la nutricion, que á menudo se repite en las demas vísceras, y que aun causa al cabo la hidropesia. Para curar bien las fiebres de crecimientos periódicos, es menester apresurarse pues á desvanecer el estado inflamatorio que persiste entre las accesiones, y dar despues la quina en dosis apuradas, durante el tiempo de las apirexias. Este método disipa la calentura ántes que el medicamento haya tenido lugar de inflamar las vias gástricas; y si se destierran las causas determinantes, no es temible la reincidencia.

## EL SABIO.

Está muy bien; pero ruego á Vm. que me diga, como se conduce cuando una fiebre intermitente, mal curada, ha producido infartos, obstrucciones, y ese estado de languidez de que Vm. me habló. Si me acuerdo bien de mis autores, creo que recurren á los diluentes aperitivos, y aun tónicos.

## EL MÉDICO JÓVEN.

Le ha servido á Vm. su memoria grandemente, Caballero; pues efectivamente hacian ellos uso de todas esas drogas; pero como estas son irritantes, no surtian nunca buenos efectos. Siendo siempre flemasias crónicas los afectos de que habla Vm., es preciso atajarlos siempre con los antiflogísticos, salvo el agregarles las fricciones sobre la piel con la tintura de quina, y los demas medios esternos que llevo indicados á Vm., si no está enteramente destruida todavia la periodicidad de irritacion.

## EL SABIO.

De cuanto acabo de oir, concluyo que



si la teoría de Vm. es verdadera con respecto á las enfermedades de quienes hemos hablado anteriormente, debe serlo igualmente en cuanto á las fiebres intermitentes; porque veo claramente que es siempre una misma: hallo en ella á lo ménos los elementos de una ciencia, lo que no existia en los antiguos sistemas. Pero no he olvidado que me prometió Vm. darme una idea de las neurismas del corazón; y persisto mucho en ello, tanto á causa de la gravedad de estas enfermedades, como á fin de ver si Vm. puede enlazarlas con las que sirviéron hasta ahora de materia á nuestras conferencias.

---



---

## DIALOGO DECIMO QUINTO.

*Enfermedades del corazón.*

EL SABIO.

SEA Vm. bien venido, querido doctor. Despues de nuestra postrera conferencia, he recorrido la obra de Corvisart; la cual me ha llenado de espanto. Tengo necesidad de que Vm. me tranquilice. Está presente siempre su epigrafe en mi ánimo: *Heret lateri lethalis arundo*. Resentí algunas palpitations á veces: ¿estaria ya herido de la mortal flecha yo?

EL MÉDICO JÓVEN.

Lo juzgará Vm. en seguida de nuestra conferencia. Es el corazón un crecido músculo situado en medio de la cavidad del pecho, y ahondado con cuatro cavidades. Está alternativamente en contraccion y relajamiento. Relajado, recibe la sangre que le traen las venas; apénas la ha reci-